

Extracto del capítulo Kigoma
del libro *Che: el argentino que quiso cambiar el mundo*
de Pacho O'Donnell

Los casi doscientos delegados a la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 11 de diciembre de 1964, eran conscientes de que estaban viviendo un momento diferente a los habituales. Eso era lo que se había propuesto el Che. Ante el gigantesco anfiteatro, colmado en su capacidad, con la boina negra, la barba rala y el viejo uniforme verde olivo el comandante guerrillero tomó la palabra. Era inimaginable un contraste mayor con los otros delegados vestidos de oscuro al estilo urbano, con corbatas al tono, prolijamente acicalados.

Gran revuelo se había producido a su llegada a Nueva York. A pesar de que su protagonismo en el gobierno cubano se había debilitado y que ya casi no participaba en la toma de decisiones, su imagen internacional continuaba incólume y tras él corrían los periodistas y fotógrafos de las principales publicaciones del orbe, dejando desamparados a estadistas renombrados de las mayores potencias mundiales. Estaba en las entrañas del monstruo. Pisaba el suelo de la nación a la que acusaba de practicar un imperialismo infame y a cuya destrucción había consagrado su vida.

«Han preparado un atentado para matarlo, comandante», advirtieron a ese joven bien parecido, el eterno cigarro apretado entre sus labios, que caminaba enfundado en un sobretodo oscuro hacia su alojamiento en la Calle 67, desplazándose como un turista más a pesar de las advertencias del eficiente servicio secreto cubano, acompañado sólo por sus fieles escoltas Harry Villegas y Leonardo Tamayo, que más tarde serían rebautizados Pombo y Urbano.

Una exiliada cubana fue detenida en el lobby de las Naciones Unidas con una pistola automática en el bolso. Sin pudor alguno aseguró que pretendía asesinar a Guevara. Luego de prestar declaración testimonial al FBI fue puesta en libertad y dos días después volverá a intentar apuñalarlo en la puerta de un cine, a pocas cuadras de la ONU.

Las palabras del argentino que representaba a Cuba llenaron el espacio ante la escucha atenta de los delegados que habían regresado de los baños, de los pasillos, de los bares formando una asistencia perfecta. «¿Cómo es posible que el país que asesina a sus propios hijos y los discrimina diariamente debido a su color de piel, un país que deja en libertad a los asesinos de los negros y castiga a las víctimas por exigir el respeto a sus derechos legítimos como seres humanos, se considere guardián de la libertad?» En esos días las calles de los Estados Unidos eran dramático escenario de la lucha racial que pretendía reivindicar los derechos de los que se autodenominaban afroamericanos. El Che revolvía la herida sin piedad.

El gran recinto hervía. Fijando su mirada en el rostro impassible del delegado norteamericano, Adlai Stevenson, el comandante Guevara exhortó a que «todos los hombres libres del mundo deben prepararse para vengar el crimen del Congo», con una insistencia en nombrar a ese país africano que llamará la atención de algunos. A continuación bramaría acusando al imperialismo del asesinato del caudillo congoleño, Patrice Lumumba. Y para que no quedasen dudas de hacia qué bloque de la guerra fría se inclinaba pidió la inmediata incorporación de la China de Mao Tse Tung a las Naciones Unidas.

Había terminado de convencerse en el hotel, antes de partir hacia la Asamblea, de que no había sufrido hambre, sed y fatiga, que no había librado batallas épicas contra el asma, que no había arrebatado la vida de otros seres humanos, que no había abandonado a sus seres queridos en aquella Argentina tan lejana, que no había dejado de lado la vida muelle que le proponían sus apellidos ilustres, que no se había dejado enredar por los fastidiosos conflictos internos de la politiquería cubana para terminar allí adoptando una actitud complaciente cuando todo el mundo, y no era un eufemismo, estaría pendiente de sus palabras. «El imperialismo estadounidense registra agresiones contra el reino camboyano, bombardeos a Vietnam, presiones turcas contra Chipre, agresiones a Panamá, prisión de Albizu en Puerto Rico, maniobras para dilatar la independencia de Guayana, apartheid en Sudáfrica y la intervención neocolonial en el Congo.»

Había notado que cuando ponía en su boca la palabra África su corazón se aceleraba y sus músculos se agarrotaban como cuando estaba a punto de entrar en acción en una emboscada. La imagen de Lumumba, maltratado por los soldados de Tshombé pocas horas antes de su asesinato, cruzó por su mente como un relámpago concediéndole la rabia que necesitaba para seguir adelante con su discurso.

El embajador de la Nicaragua somocista lo provocaría:

—No sé si el señor Guevara tiene acento cubano, argentino o ruso.

—Mientras no lo tenga norteamericano no hay problema —replicó rápido el Che—. Eso sí sería peligroso.

Luego agregaría, seguro de que doña Celia estaría frente al televisor de Mansilla y Aráoz:

—Puede ser que al hablar se me escape algo de Argentina. He nacido en Argentina, no es un secreto para nadie. Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofende la ilustrísima señoría de Latinoamérica, me siento tan patriota de cualquier país de Latinoamérica como el que más. Y en el momento que fuera necesario estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica sin pedirle nada a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie.

En varios párrafos exaltaría la triunfante revolución cubana y no se olvidará de nombrar varias veces a Fidel, aunque no ignoraba que su virulencia antinorteamericana no sería del agrado del presidente cubano empeñado en un difícil

equilibrio de recostarse sobre el bloque comunista, pero sin cortar definitivamente los vínculos con Occidente.

Adlai Stevenson se limitaría a contestar de forma moderada y en tono coloquial, quitando jerarquía a las palabras de ese delegado mal entrazado de un país pequeño y pobre. La peor de

sus estrategias, habrá pensado, era enfrentarse con ese guerrillero irreverente que poco incidía ya en la política interior y exterior de la isla. Ya llegaría el momento de la rendición de cuentas.

Ciertos medios de comunicación se ensañaban en reflejar los actos de repudio al Che de los exiliados cubanos que se manifestaban con pancartas en la puerta de la ONU. Un grupo fue mucho más allá en su exaltación y fueron detenidos después de disparar con un lanzagranadas contra el edificio. A cambio la delegación cubana recibiría la solidaridad de varios grupos yanquis, marginales y combativos; también declaraciones públicas en su apoyo del carismático líder afroamericano Malcom X, quien poco tiempo después caería asesinado. Secretamente el Che había recibido un informe de que el líder de los negros radicalizados estaba dispuesto a sumar combatientes a los movimientos independentistas africanos.

Dejando atrás una nube de elogios y diatribas que se expandirían a todo el planeta, el comandante Guevara partió de Nueva York hacia Argelia, dando comienzo a una gira africana donde encontrará el camino de su próxima aventura revolucionaria. Los norteamericanos ya sabían que tenían en el Che un enemigo dispuesto a todo, hasta a denigrarlos ante los delegados de todas las naciones del mundo. Algo que ni siquiera la poderosa Unión Soviética se había atrevido a hacer, respetuosa de las coreografías diplomáticas.

Las circunstancias que alejaban al argentino de Cuba no sólo se mantenían, sino que se habían agravado. Sus conflictos con la cúpula del PC cubano por sus supuestas «desviaciones» llevaron a quien fuera su buen aliado, un irónico Raúl Castro, a referirse a él como «el agente chino». Pero también era ya evidente que Fidel había perdido confianza en sus ideas y se inclinaba en temas económicos hacia las orientaciones del presidente Dorticós y del ministro Carlos Rafael Rodríguez, ortodoxos del comunismo soviético.

De acuerdo al ya citado memo interno de la CIA identificado con el n.º 2333/65, «una clara indicación de ello fue cuando el 21 de enero de 1965 Castro anunció que los incentivos materiales iban a ser aumentados. Dijo entonces que los cinco mil mejores cortadores de caña iban a recibir como premio bicicletas, viajes al exterior y costosas vacaciones en Cuba.

»Poco tiempo después Guevara respondería públicamente. Cuando aún se encontraba en Argel escribió una carta al periódico izquierdista de Uruguay, *Marcha*, en el que declaraba que “el correcto instrumento para despertar a las masas debe ser fundamentalmente de naturaleza moral”. En El Cairo renovó sus críticas a las nuevas

tendencias de la economía cubana, a las que llamó copias del equivocado sistema soviético que “nadie tenía tripas para criticar”.

»En una entrevista publicada en el periódico egipcio *Al Taliah* en abril criticó a Yugoslavia y a la URSS que indirectamente se referían a la situación cubana ... Una fue la participación de los trabajadores en el gerenciamiento de las empresas estatales, que según Guevara era para obtener mayores beneficios materiales. Ello constituiría opresión social y una forma de explotación. Otra era el reparto de los beneficios de la empresa con los trabajadores, que había sido aprobado en Cuba días antes de su partida hacia Nueva York ... Sus afirmaciones en *Al Taliah* constituyeron otra aguda crítica a la conducción cubana y a su política económica “liberal”».

El Che no ignora que se ha ido transformando por efectos de aquello que desprecia, la política, en un torpe escollo para Fidel en una Cuba en la que, por presiones soviéticas, los comunistas

ortodoxos han ido ganando poder. No es banal que nuevamente haya sido enviado en una gira que se prolongará por varias semanas, evidenciando que su cargo de ministro es ya virtual, que son otros los que ahora deciden en el campo de la industrialización. A su manera, Castro lo explicará al periodista italiano Gianni Minà: «Evidentemente [el Che] empezó a sentir impaciencia por llevar a cabo sus viejos planes y sus viejas ideas».

En su peregrinar por el continente africano, Guevara comienza a plantearse su participación personal en la guerrilla de esas naciones, clausurada por ahora la alternativa sudamericana, empeñándose de ahí en adelante en la búsqueda del territorio más propicio para desarrollar su teoría «foquista» de la lucha contra el imperialismo mundial.

En eso se reconoce apto, en emboscar al enemigo y hacerle las mayores bajas posibles, en ganarse la confianza y la lealtad de los campesinos, en encontrar el mejor lugar para ver y no ser vistos, en exigir a sus hombres y a sí mismo hasta lo imposible.